

dudas discretas de la perseverante moderación de los soldados: «Demos, dijo, demos un jefe á los ejércitos.» Y añadió con su habitual prudencia: «O aceptarán al que elija el senado, ó nombrarán ellos otro.»

Después representó á la barbarie que ceñía el imperio haciendo esfuerzos para penetrar de nuevo en él; á la Persia, amenazada antes por Aureliano, meditando acaso tomar la ofensiva; á los sirios, raza de genio inquieto y móvil, dispuestos á guiar sus escuadrones á través de las provincias; las fronteras de Egipto y de la Iliria en desasosiego; el Rin abierto á los francos y ciudades florecientes ya saqueadas. «Necesitamos un emperador,» exclamó. Y dirigiéndose á Tácito con todo el senado, añadió: «Y nadie sino tú, debe serlo.»

En vano aquel anciano de setenta y cinco años se excusó con su avanzada edad, con su salud vacilante y su necesidad de reposo. «¡Necesitáis, dijo, un hombre de guerra y me elegís á mí, que apenas puedo ejercer las pacíficas funciones de senador! Temo que me sea fatal la unanimidad de vuestros votos.»

Pero no se le escuchó; veinte ó treinta veces se oyeron las aclamaciones de fórmula, y el acta de aquella sesión, que al parecer de algunos inauguraba una nueva era, se extendió, según uso, en una tablilla de marfil que el nuevo Augusto firmó, con el alma llena de tristes presentimientos.

Era, en efecto, una falta dar este jefe al imperio, y pues- to que después del decreto de Galieno, no se podía ya encontrar en el senado un valiente capitán, era preciso ir á buscarlo á los ejércitos. Probo, Caro, Diocleciano, no habían tomado parte en la conspiración contra Aureliano, y el ejército hubiera agradecido que no se tomara á la letra su momentáneo desinterés; que se hubiera aparentado to- marlo en serio, sin hacerle arrepentirse tan pronto. Esto hubiera sido sellar por algún tiempo la reconciliación del orden civil y el orden militar. Pero viviendo lejos de los negocios, en su ociosa grandeza y dorada servidumbre, los senadores habían perdido ya el sentido de la realidad, y nadie les recordaba el día en que la soldadesca arrastraba á las gemonias á Máximo y á Balbino diciendo en son de bafa: «He aquí á los emperadores del senado.» Ahora, inquietos y turbados por el papel político que se les devolvía, habían acabado por recobrar sus antiguas ilusiones y se abandonaban á la pueril alegría de reivindicar un poder que, después de todo, eran incapaces de ejercer y menos de conservar.

El primero de los consulares después de Tácito, Falco- nio Nicomaco, recordó los males que Roma había sufrido en el reinado de los príncipes demasiado jóvenes, lo que era á la vez una verdad y una lisonja; después dirigiéndose á Tácito, que no tenía hijos menores de edad, le rogó que por si acaso los destinos lo arrebataban pronto á la repú- blica, viniera en nombrarse un sucesor, no en su familia, sino en el Estado, «porque no es justo disponer del impe- rio como si se tratara de una finca.» Quería decir Falconio que era menester fijar la elección en el senado, en cuya opinión estaban todos. «¡Así debe ser! ¡Así lo queremos!» gritaron á una voz los senadores.

Los Padres conscriptos estaban encantados y celebraban y aplaudían el giro que iban tomando las cosas. En el ex- ceso de su alegría y entusiasmo, uno de ellos escribía á un colega menos ardiente: «Sal de tu indolencia; arráncate ya á tu retiro de Bayas ó de Puzolo y entrégate á la ciudad y al senado. Roma florece y con ella toda la república. De- mos mil votos de gracias al ejército, que es un verdadero ejército romano. Nuestra justa autoridad, ese objeto de todos nuestros deseos, está por fin restablecida. Nosotros,

los senadores, recibimos las apelaciones, nombramos los emperadores, hacemos los príncipes. ¿No podemos también deshacerlos? Ya me entiendes sin más palabras: *intelligenti pauca* (1).»

Y todos sus colegas repetían esto. Tácito había dicho: «Con vosotros y por vosotros reinaré.» Cuando pidió el consulado para su hermano Florianio, se le objetó que la lista estaba ya cerrada, y él se limitó á contestar: «El se- nado sabe muy bien qué príncipe ha hecho.» A pesar de su nuevo título, el débil anciano no era para ellos sino el primero de los senadores, y decíase en alta voz que el ver- dadero príncipe era ahora el senado.

Letras oficiales anunciaron esta restauración de la repú- blica romana á las principales ciudades del imperio. Milán, Aquilea, Atenas, Corinto, Tesalónica, Antioquia, Alejan- dría, Cartago y Tréveris. Nos quedan dos de estas cartas. He aquí la que se dirigió á la capital del Africa romana:

«El venerable senado de Roma á los decuriones de Car- tago romana.

»Paz, fortuna y prosperidad á la república y al mundo romano.

»Hemos recobrado el derecho de conferir el imperio, de nombrar el príncipe y su sucesor: á nosotros pues debéis someter todos los negocios importantes. Las apelaciones de los juicios proconsulares y las de todos los tribunales del imperio son de la competencia del prefecto de la ciu- dad. Vuestra propia autoridad queda restituida en su anti- guo estado, pues al recobrar sus derechos, el primer cuerpo del Estado garantiza los derechos de los demás.»

Y se vestían las galas de los días de fiesta y se inmolaban blancas víctimas para dar gracias á los dioses del re- cobro de la antigua libertad. Hasta se acuñaron medallas en que se prometía á aquel príncipe, que tenía ya un pie en el sepulcro, celebrar en su honor las *decennalia*. ¡Ah! la elección de Tácito, sus pomposos mensajes y estas vanas promesas fueron el último acto político del senado romano.

Los pretorianos, el pueblo, los ejércitos aceptaron al ele- gido de los antiguos señores de Roma (2), y los habitantes del imperio le juraron fidelidad. Todo parecía ir á pedir de boca; pero entre tanto, viendo los alanos sin jefe ni defensa el imperio, invadieron el Asia Menor, adonde los siguieron los godos establecidos á orillas del *Palus Maotis*.

Fué preciso que Tácito se hiciera llevar allí. En Tracia se presentó al ejército de Aureliano que debió asombrarse de ver al débil anciano en el lugar en que había visto, du- rante tanto tiempo, la marcial figura del héroe de la mano de hierro. Así el prefecto del pretorio procuró prevenir el descontento con humildes palabras: «Virtuosísimos cama- radas (3), dijo, habéis pedido un príncipe al senado, y la ilustrísima asamblea ha obedecido á vuestro mandato y voluntad. No me es permitido decir más en presencia del emperador que debe velar por nosotros. Escuchadlo con los sentimientos que merece.»

Tácito á su vez fué también muy modesto: supuso haber sido elegido por el ejército y habló de una manera conveniente de su avanzada edad, diciendo que, si bien no le permitía emprender las valerosas hazañas de su pre- decesor, en cambio le inspiraría prudentes consejos. «Tra- jano también era viejo cuando llegó al imperio, añadió, y fué llamado á él por el voto de uno solo. Hoy, por vos-

(1) Vopisco, *Táct.* 6 y 7; Floro, 6.
(2) Dirigiéndose á los pretorianos, dice Tácito: *Sanctissimi milites*; y hablando á los plebeyos, los llama también *Sacratissimi Quirites*. El énfasis oriental se extendía á todas partes. La Italia moderna con- serva aún algo de esto.
(3) *Sanctissimi commilitones* (Vopisco, *Táct.*, 8).

otros, primero, virtuosísimos camaradas, que sabéis apre- ciar á los príncipes, y por el senado después, se me ha juzgado digno de este título.»

Era imprudente evocar, en medio de aquellos soldados, la gran figura del vencedor de los germanos, de los dacios y de los partos; pero un generoso donativo, que Tácito dió de su peculio, hizo encontrar elocuente su discurso.

Los bárbaros entendían haber sido llamados por el últi- mo príncipe á título de auxiliares contra la Persia; y no recibiendo el sueldo prometido para una expedición que no se había emprendido, se pagaban por sus propias ma- nos con el pillaje del Ponto, de Galacia y Capadocia. Audaces aventureros penetraban hasta la Cilicia y apenas hacía algunos meses que había muerto Aureliano! ¿Qué vigilancia de todos los momentos no era menester para atajar á todos aquellos bandidos que pululaban y rebullían al rededor del imperio, y habían aprendido todos los cami- nos en los tristes tiempos de Galieno?

Tácito negoció, pagó y expulsó á su país buena parte de estos bárbaros; los demás cayeron al filo de la espada de sus soldados. Pero estos estaban ya cansados de su pruden- cia, y mataron á un deudo del emperador, á quien Tácito había encargado del gobierno de la Siria, y luego, por te- mor del castigo, al mismo emperador. Seis meses de rei- nado y un caudal enorme disipado en gratificaciones al ejército ó abandonado al Estado: he aquí lo que la elec- ción senatorial había costado á Tácito y á los suyos.

Era Tácito hombre de recto corazón y alma piadosa: nunca dejó de hacer servir en su casa la carne de las víc- timas, especie de comunión con el dios, á quien se había ofrecido el sacrificio. Castigó á algunos de los asesinos de su predecesor, y no se le pueden negar las mejores inten- ciones.

Su biógrafo le atribuye muchos rescriptos y ordenanzas; pero no tuvo tiempo ni fuerzas para hacer brotar de sus



M. ANNI(ius) FLORIANVS, coronado de laurel (Medallón de bronce).

disposiciones, efectos útiles al Estado. Le debemos, sin embargo, gratitud particular: hizo poner los libros de Tá- cito en todas las bibliotecas públicas, y ordenó que todos los años se sacaran de ellos diez copias. Multiplicando así los *Anales* y las *Historias* aumentó para nosotros las probabilidades de que se salvaran; y si no puede afir- marse que el único manus- crito que ha hecho vivir la

obra del grande escritor provenga de una de aquellas co- pias, posible es que sin ellas habiéramos perdido la trágica historia de los *Césares* (1).

Tácito había nombrado prefecto del pretorio á su her- mano M. Anio Florianio, el cual hizo que lo proclamaran los soldados, deseosos ellos también de no dar tiempo al senado para hacer una nueva elección. Pero el ejército de Oriente tenía entonces un valeroso capitán, cuyos servicios se habían adelantado siempre á los honores: era Probo. A la noticia de la muerte de Tácito, sus soldados lo procla- maron emperador y los de Florianio se desembarazaron, en Tarso, del príncipe que ellos mismos habían nombrado (principios de julio, 276). Había reinado tres meses.

(1) Hay dos, los *Mediceos*, que ciertos críticos han creído que pro- vienen de un mismo original, hoy perdido.

En sus dominios, cerca de Interamna, se erigió á los dos hermanos un sepulcro con estatuas de 30 pies de altura.

Para consolar sin duda á sus descendientes, á quienes estos nueve meses de reinado habían privado de los jefes

de su casa y reducido á la pobreza, algún ami- go del senado hizo correr esta profecía recogida por Vopisco:

«Dentro de mil años, un poderoso monarca de la sangre de Tácito, después de un reinado glorioso de- volverá á los Padres conscriptos su autori- dad, y verdadero hijo de la antigua Roma, vivirá sujeto á las vie- jas y buenas costum- bres del país.»



El emperador Probo laureado, armado con un asta y un escudo (Medallón de bronce).

«No creo, añade modestamente Vopisco, que mi libro dure bastante para que se pueda leer esta predicción en el momento de cumplirse ó perderse entre las fábulas.» Vo- piscio se engañaba: su libro ha vivido bastante más tiempo sin merecerlo mucho; pero el vengador del senado jamás se presentó.

II.—PROBO.
(Julio 276.—Set. ú oct. 282.)

Los principados de Tácito y de Florianio no habían sido más que la continuación del interregno. El verdadero sucesor de Aureliano fué un compatriota suyo y mejor amigo y compañero de armas, M. Aurelio Probo (2). Ya lo co- nocemos: dos cartas de Valeriano, sacadas de los archivos imperiales, prueban la estimación que había sabido inspi- rar á este príncipe, á uno de cuyos deudos, que los cuades llevaban cautivo, salvó por sus propias manos. «En virtud de la opinión que siempre he tenido del joven Probo y por testimonio de los más honorables ciudadanos, que le dan el calificativo de su mismo nombre *probo*, he venido en nombrarlo tribuno, contravieniendo á la constitución del divino Adriano, y en confiarle seis cohortes de sarracenos, los auxiliares galos y la tropa de persas que nos ha traído el sirio Artabases.»

Aureliano y Tácito habían tenido en él la misma con- fianza. El primero le escribía: «Para probarte la estimación en que tengo tus méritos, te confío mis decumanos, que yo mismo recibí de Claudio. Por una especie de feliz prerro- gativa, este cuerpo sólo ha tenido por jefes futuros empe- radores.»

Y el segundo le decía á su vez: «El senado me ha nom- brado emperador; pero has de saber que la mayor parte de este grave peso descansará sobre tus hombros. Todos sabe- mos lo que vales: ayúdanos pues en nuestras necesidades. Te he dado el mando del ejército de Oriente, he quintu- plicado tus honorarios, doblado tus condecoraciones mili- tares y compartirás conmigo el consulado del próximo año.»

(2) Había nacido en Sirmio (Vopisco, *Prob.*, 3). Aurelio Víctor (*Epist.* 37) lo supone dálmata. Su padre había sido centurión, y después tribuno. Una de sus monedas tiene la inscripción: *Origini Aug.* con la loba, *lupa gemellos lactans*; de donde se colige, que se suponía de ori- gen romano (Eckhel, t. VII, p. 505).

Probo no quería el imperio: «Os engañáis, decía á los soldados que lo aclamaban, porque jamás os adularé.» Así lo repetía al prefecto del pretorio de Floriano, que no cambió. «Yo no he deseado este título, y bien á mi pesar se me ha dado; pero no me era lícito rechazar la carga que el ejército me imponía. Ahora ya, sólo se trata de cumplir con mi deber.»

Estaba en la plenitud de la edad, cuarenta y cuatro años, y á sus cualidades militares añadía un raro buen sentido, que lo preservaba de los deslumbramientos de la fortuna. Lo que había pasado á la muerte de Aureliano prueba que se había producido una saludable reacción contra las saturnales militares hasta en el ánimo de los generales. Probo era uno de los que sentían más vivamente la necesidad de levantar el orden civil, humillado desde Caracalla por los excesos de la soldadesca. La prueba de ello está en la



Probo (Busto de mármol. Museo de Nápoles, n.º 32 del Catálogo).

carta en que, notificando y todo su advenimiento al senado, parecía esperar de él sus poderes.

«Cuando elegisteis á uno de vuestros miembros, Padres conscriptos, para suceder al emperador Aureliano, os condujisteis con arreglo á vuestra justicia y sabiduría; porque vosotros sois los soberanos legítimos del universo, y el poder que recibisteis de vuestros antepasados será transmitido á vuestra posteridad. ¡Pluguiera á los dioses que Floriano, en vez de apoderarse de la púrpura de su hermano como de una herencia particular, hubiera esperado lo que vuestra majestad hubiese decidido en su favor ó en favor de otro! Las prudentes legiones lo han castigado por su temeridad, y me han ofrecido el título de Augusto; pero yo someto á vuestra clemencia mis pretensiones y servicios.»

Esta carta hace honor al sentido político de aquel hombre de guerra. Conocía la flaqueza del senado y sabía muy bien que no tenía nada que temer de él; pero este cuerpo decrepito tenía aún la grandeza de los recuerdos, y Probo juzgaba útil dar, á vista de los soldados, algún esplendor á aquella majestad oscurecida, á fin de que creyeran que fuera y por encima de ellos había, si no una fuerza, á lo menos un derecho.

Inútil es decir con qué aclamaciones acogieron los senadores este mensaje. Se comparó á Probo con Alejandro y con Trajano; se le dieron todas las virtudes de los Antoninos y todos los talentos de Claudio y Aureliano. Y en efecto merecía estos elogios. ¡Qué alegría aún, cuando en un segundo mensaje anunció que el senado recibiría las apelaciones, nombraría los procónsules y sus legados, y cosa más grave aún, que confirmaría las constituciones imperiales!

Las pretensiones de los Padres conscriptos no habían ido aún tan lejos. Probo les concedía más de lo que ellos mismos habían querido tomar á la muerte de Aureliano, y la restauración senatorial parecía completa.

En el fondo nada había cambiado: el emperador tenía para la venerable asamblea buenas palabras en lugar de maneras violentas; los Padres no temblaban ya; parecían más ocupados, ó menos inactivos en sus sillas curules, y celebraban sinceramente el desinterés del príncipe.

Probo no pedía más tampoco, ni creía comprar demasiado cara esta buena armonía pagándola con algunas muestras de deferencia. La realidad del poder quedaba donde el interés público exigía que estuviera, en sus manos, y ya veremos que se sirvió bien de él.

Muerto Aureliano, se habían arrojado los bárbaros sobre la Galia, y saqueado muchas ciudades. Probo acudió al peligro con grandes fuerzas, y mientras sus generales rechazaban á los francos á los pantanos de la Batavia y de la Frisia, él mismo expulsaba á los alamanos allende el Rin, los perseguía hasta el valle del Neckar y á las vertientes de los Alpes de Suabia, quitándoles el botín y los prisioneros que llevaban (1). Con ánimo de cerrar el camino á nuevas incursiones, levantó el atrincheramiento que cubría las tierras Decumatas, de Ratisbona á Maguncia, es decir del Danubio al Rin. Como Mario y Adriano creía que ocupar á los soldados era el mejor medio de conservar la disciplina, y les hizo construir una muralla de piedra, sostenida á intervalos por enormes torres; buena precaución, si un valiente ejército permanecía detrás del muro para rechazar á los asaltantes en cualquier punto que intentaran el asalto; pero medida inútil el día en que, acometido por todas partes el imperio, no deje más que débiles destacamentos para guardar esta inmensa línea. La muralla, en efecto, se destruyó bajo los pies de los invasores, como la de Adriano en Bretaña al empuje de los pictos; pero en la Edad media todavía, el campesino de la Suabia, que construía su vivienda con las piedras arrancadas á aquellas ruinas, se asombraba de la grandeza de la obra, que corría á través de los valles y trepaba á la cima de los montes: las gentes sencillas atribuían á los demonios tan colosal construcción y siempre se le ha llamado el *muro del diablo*.

Estas obras de gigantes y la presencia del emperador y de su ejército intimidaron á los bárbaros, y nueve pueblos fueron á solicitar la paz entregando rehenes, caballos, ganado y trigo, que eran sus únicas riquezas.

Probo tomó á sueldo diez y seis mil guerreros de estos bárbaros, que distribuyó entre sus legiones, por pelotones poco numerosos, á fin de que fueran una fuerza, sin ser un peligro, lo que expresaba con estas palabras: «Es menester sentirlos y no verlos» (277). De esta manera volvía á to-

(1) Vopisco (*Prob.*) habla en el capítulo 15, de setenta ciudades saqueadas, y de sesenta en el 13. Añade que Probo hubo de matar cuatrocientos mil bárbaros. Me inclino á leer *quadraginta* en lugar de *quadringentis*; porque cuatrocientos mil hombres muertos supondrían una invasión más formidable que la de los godos en tiempo de Claudio, y nada indica que hubiera sido así.

mar el imperio, por la parte del Rin, una vigorosa defensiva.

El año siguiente visitó Probo la Recia, la Iliria y la Mesia, adonde habían reaparecido alamanos, burgundos, vándalos, sármatas y godos: expulsó de allí estas turbas poco temibles, y devolvió una vez más la seguridad á aquellos países, donde á contar de cuarenta años atrás, era la vida tan dolorosa.

En el medio ó bajo Danubio tuvo qué hacer con una nación germánica, á cuyos habitantes, los ligios, dió Tácito un aspecto espantable, que bien podía acobardar al enemigo en los combates cuerpo á cuerpo de las guerras antiguas. «Se teñían de negro la cara y el cuerpo, lo mismo que los escudos, y elegían la noche más oscura para sus ataques. La sorpresa, el horror de las tinieblas, el solo aspecto de aquel ejército negro que no sino parece surgir de los infiernos, hielan de espanto los corazones más intrépidos, porque en el combate los ojos son siempre los que primero se rinden.»

Pero estos sombríos guerreros no prevalecieron contra la disciplina romana. Después de este encuentro, desapareció su nombre de la historia, como si la nación entera hubiera sido aniquilada. Probo había prometido á sus soldados una moneda de oro por cada cabeza de ligio que le presentaran. En cuanto á los prisioneros hechos sobre todos estos bárbaros, les dió tierras en Bretaña, donde se mostraron fieles al que hubiera podido sujetarlos á suerte más rigurosa.

Después de haber apaciguado en Tracia las turbaciones causadas por los bárbaros de esta comarca, que la civilización greco romana no había podido aún transformar en labradores pacíficos, pasó Probo al Asia Menor (279), puso término á las hazañas del famoso bandido Palfurio, y sobre todo á las de los isauros, salteadores empedernidos que pillaban en tierra y mar, y á los cuales no se había podido nunca reducir, Probo organizó contra ellos una expedición regular, penetró en sus montañas, recorrió todos los valles, y al retirarse dejó allí los veteranos de su ejército. Los estableció en el paraje que había servido de principal albergue á los bandidos y les distribuyó tierras, á condición de que sus hijos sirvieran en las legiones á partir de los diez y ocho años. Venía á ser una institución de feudos militares.

A los cautivos bárbaros, que había trasportado á Bretaña, debió imponerles una condición análoga. Severo había dado ejemplo de esta especie de propiedad, y este uso se multiplicará con el tiempo.

En Siria recibió Probo una embajada persa. Bahrán ó Barahrán II, que reinaba desde el año 275, había tenido tiempo y ocasión de aprender lo que valían las legiones romanas conducidas por un bravo y hábil capitán, y en su virtud solicitó la amistad de Probo, remitiéndole presentes que el emperador devolvió desdeñosamente. «Extraño, le contestó, que me envíes tan poco, cuando todo lo que poses me pertenecerá un día. Guárdalo hasta que me venga ir á tomarlo.»

Era una bravata; pero el Oriente gusta de ellas y la reparación de las fortalezas romanas de Mesopotamia y los preparativos que parecieron amenazadores (1), obligaron á Bahrán á reprimirse y no tomar á pecho la insolencia. Hasta parece ser que hubo de concluirse un tratado entre los dos imperios (2).

(1) En el reverso de una moneda de Probo se lee: *Exercitus Persicus* (Eckhel, VII, p. 504).

(2) *Facta pace cum Persis* (Vopisco, *Prob.* 18).

¿Fue entonces el emperador á Egipto ó envió á un teniente suyo á pedir cuenta á Coptos, á Tolemaida y á los blemyes de los recursos que prestaran algunos años antes á Firmo?

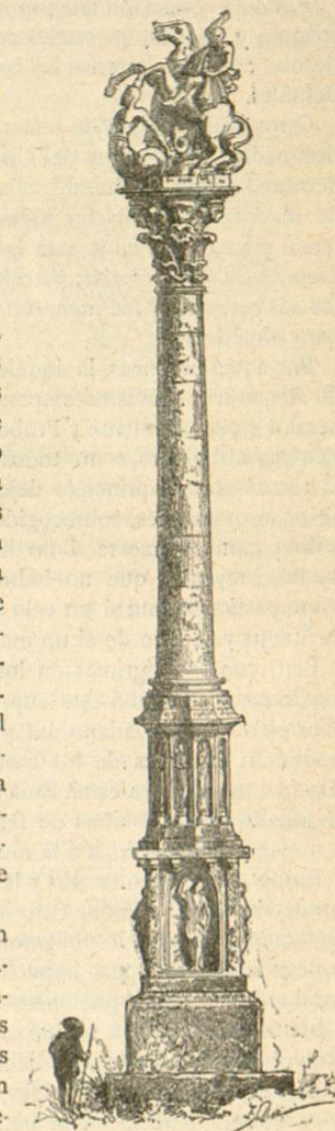
No se sabe; pero Roma vió llegar cautivos ó prisioneros negros, hechos en los confines de la Etiopía.

Probo, como Aureliano, Severo y Adriano, había hecho la revista de las fronteras, salvo la de Africa, donde era inalterable el sosiego. Desde que el mundo bárbaro estaba en pie siempre dispuesto á invadir en son de guerra las provincias, esta revista venía á ser una necesidad periódica.

El emperador fué llamado á Tracia para una operación considerable. Las invasiones y batallas, que de medio siglo atrás eran casi incessantes en la línea del Danubio, habían hecho en aquellas provincias muchas soledades. Probo se resolvió á llevar allá bárbaros, á los cuales daría tierras, animales de labor é instrumentos de cultivo. Ya había llevado ligios y vándalos á Bretaña y comprometido á muchos alamanos á establecerse en las tierras Decumatas. La enemistad de los godos de la Dacia contra los bastarnos, que ocupaban los Cárpatos orientales, le suministró la ocasión de atraer al imperio á este último pueblo, resto de la gran masa de naciones gálicas que vimos en tiempos de Alejandro y de Perseo en el valle del Danubio.

Cien mil bastarnos, con sus mujeres é hijos, se establecieron en la Tracia, donde dándose por satisfechos de haberse librado de sus enemigos, se habituaron bastante pronto á esta nueva vida. Era para felicitarse. «Para nosotros, se decía, labran los bárbaros; para nosotros siembran.» El mismo ensayo se intentó con los gépidos, los grutungos (godos) y los prisioneros francos; sistema peligroso, porque llenar las provincias fronterizas de elementos extranjeros valía tanto como confiar á los bárbaros la guardia de las puertas del imperio. La invasión pacífica que el mismo emperador dirigía, lejos de impedir la otra, que se hizo violentamente un siglo después, hubo de facilitarla. La antigua Roma había tenido una política diferente: ella *latinizaba* los países conquistados; Probo, al contrario, *germanizaba* las provincias romanas.

Aquellos bárbaros internados en las provincias no siempre aceptaban su destino. Los gépidos y grutungos quisieron continuar su vida nómada en la Tracia: lanzáronse á través de los cultivos y cometieron tales excesos, que fué



Columna conmemorativa de las victorias de Probo sobre los alamanos (2), encontrada en Merten, cerca de Metz (Restauración tomada de la *Revista arqueológica*).

preciso exterminar buena parte de ellos y tomar con el resto medidas rigurosas. Los francos hicieron más: relegados al Ponto Euxino, dice Zósimo, se apoderaron de algunos barcos, pasaron el Bósforo, y después de haber saqueado á su paso las costas del Asia Menor y de la Grecia, extendiendo el pillaje á las grandes ciudades de Atenas, Siracusa y Cartago, tomaron el estrecho de Hércules, y costeando á España y Galia, volvieron á las bocas del Rin, donde refirieron á sus compatriotas admirados que habían atravesado impunemente todo el imperio romano.

Fué una revelación fatal, muy bien comprendida por los frisonos y sajones, los cuales comenzaron por entonces á desolar con sus piraterías las costas de las provincias occidentales.

Otros peligros eran de temer por parte de los bárbaros destinados á los juegos del Circo. Aquellos hombres que derramaban tan fácilmente su sangre, repugnaban el oficio de divertir al populacho romano. Probo había reservado buen número de ellos para las fiestas que debía á Roma después de sus victorias; pero los bárbaros rompieron antes sus cadenas, y fué menester un combate en toda regla para someterlos.

Por aquel entonces, la inquieta y tumultuosa población de Alejandría proclamó emperador á Saturnino, hábil general á quien Aureliano y Probo apreciaban, pero ligero de cascos y turbulento, como todos los de esa raza gálica, dice el historiador. Al principio dejó al populacho que jugara al imperio; después, sobrecogido de temor, huyó á la Palestina para sustraerse á un honor tan peligroso, y finalmente, creyendo que no habría más seguridad para él como particular, hurtó un velo de púrpura á una estatua de Venus y se hizo de él un manto imperial.

Pero con las lágrimas en los ojos, decía á los soldados que lo encadenaban á este supremo honor: «¡Ah! la república pierde un ciudadano útil: yo he restaurado las Galias, recobrado el Africa de los moros y pacificado á España. ¿De qué me sirve ya esto? En un día pierdo todo lo que he ganado en tantos años de fatigas; porque llamándome al imperio, me arrastráis á la muerte.»

Probo quería perdonarlo y le escribió cartas amistosas prometiéndole el perdón. Pero los soldados que esperaban explotar su fortuna, lo obligaron á conservar su título, y á la llegada de las tropas imperiales, se refugió en un castillo, donde fué hecho prisionero y decapitado.

Idéntica aventura se repitió en Lyon. Desde que el ejército volviera á sus antiguos hábitos de disciplina bajo la mano firme de los nuevos jefes, el populacho de las grandes ciudades parecía haber heredado su turbulencia. Los lioneses proclamaron á su vez á Próculo, hombre grosero que se jactaba de hazañas vergonzosas (1) y á quien Probo no tuvo más que tocar con el dedo para derribarlo. Bono, otro soldadote, hubo de sublevarse para huir de la responsabilidad de una falta, pues los germanos habían quemado la flotilla del Rin confiada á su custodia. Batido por las tropas imperiales, ayudadas por auxiliares germanos, se colgó de un árbol. Mostrando su cadáver decían los maleantes: «No es un hombre lo que cuelga, es un odre (2).» Y la oración fúnebre era merecida.

Probo había respetado la vida de la familia de Próculo, y

(1) Centum ex Sarmatia virgines cepi. Ex his una nocte decem inivi; omnes tamen, quod in me erat, mulieres intra dies quindecim reddidi (Vopisco, Procul. 12).

(2) Id. Bonos. 15. Era bretón, de origen español. Su madre era gala; su padre había sido maestro de escuela. Ya hemos hablado en otro lugar de sus hábitos de embriaguez.

lo mismo hizo con la de Bonoso; Hunila, su mujer, hasta recibió una pensión vitalicia.

Todavía se trata de una tentativa de rebelión en Bretaña. Un amigo del emperador se interesó por cierto personaje, cuyo nombre no se ha conservado, y obtuvo para él el gobierno de aquella provincia. Sabiendo luego que la fidelidad de su protegido flaqueaba y temiendo parecer cómplice suyo, fingió haber caído en desgracia, pasó á la Bretaña, y bien acogido por el gobernador, le dió de puñaladas.

Todos estos movimientos de rebeldía habían acabado por manera funesta para sus promovedores; no por eso dejaban de ser un síntoma enojoso. Los malos instintos que habían cedido momentáneamente al sentimiento de los infortunios del Estado, se despertaban de nuevo. Probo debía su fortuna á la guerra; sin embargo, hubiera querido ocuparse ahora sólo en trabajos de utilidad pública y á ellos dedicaba á sus soldados. Estos, buen ó mal grado, consentían en levantar las fortificaciones en ruina y en reparar las vías militares, como lo habían hecho á menudo sus predecesores. Pero Probo les hacía construir templos y pórticos, regularizar el curso de los ríos y desecar pantanos, roturar yermos y plantar viñas en Galia, en Panonia, en Mesia, donde aquellos viñedos, más vivaces que el imperio, subsisten aún, y corría de él un dicho peligroso: «Día vendrá en que Roma no tenga necesidad de ejército.»

Debemos nuestras simpatías á aquel valiente soldado que no desconocía la parte debida, en una sociedad regular, á la autoridad civil; que en medio de las armas, pensaba en las obras de la paz, y empleaba en ellas sus legiones, en las cuales sabía mantener la más severa disciplina.

Todavía no era viejo (50 años), y amado del senado, y temido de los bárbaros, habría dado prósperos días al imperio si los hubiera tenido él más largos de vida; pero, por desgracia, se los cortaron á lo mejor.

El ejército romano estaba compuesto de elementos demasiado groseros para que las ideas de abnegación é interés por la cosa pública pudieran ser comprendidas por aquellos hombres que no tenían nada de romanos, si estas ideas se presentaban á su rudo entendimiento en otra forma que el valor de las batallas. Y sucedió que un día de riguroso verano, cuyo ardor hacía más pesada la fatiga y mayor la exaltación de los ánimos, los soldados que desecaban un pantano en las cercanías de Sirmio, arrojaron las herramientas y tomaron las espadas, y forzando la entrada de una torre, donde Probo vigilaba los trabajos, lo degollaron bárbaramente (set. ú oct. de 282) (3).

Dado el golpe, los mismos que lo dieran lloraron al que habían asesinado y escribieron en su sepulcro:

«Aquí yace el emperador Probo, verdadero hombre de bien, que venció á todos los pueblos bárbaros y también á todos los tiranos (4).»

Caro, á quien Probo había colmado de honores, vengó su muerte castigando á sus asesinos.

(3) Esta torre estaba guarnecida de hierro, turris ferrata, de lo que deducimos que ya había habido murmuraciones alarmantes y que Probo había tomado precauciones contra una sorpresa. Zonaras hace preceder este asesinato de una sedición de otros soldados, que hubieron de obligar á Caro á tomar la púrpura y á venir sobre Italia. Cf. Vopisco, Probo. 21; Aurelio Víctor, 37; Eutropio, IX, 17; Orosio, VII, 24, etc. No siendo mucha la autoridad de estos escritores, me atengo á lo que me ha parecido más verosímil.

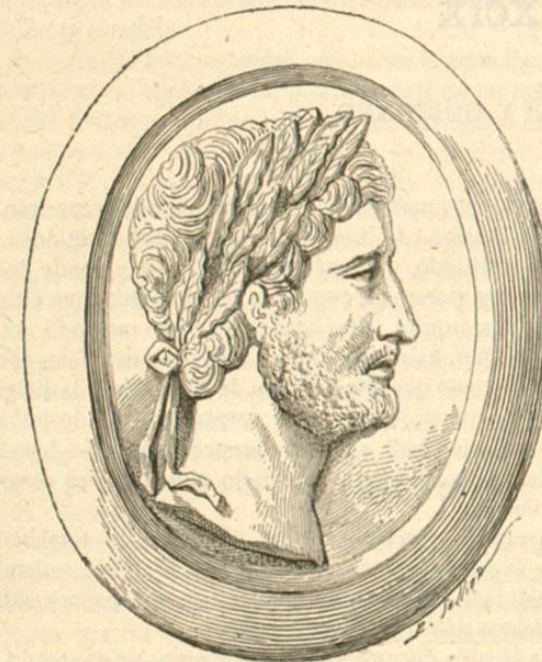
(4) Algunas monedas de Probo tienen por leyenda: Bono imp. C. Probo, epíteto raro en las monedas imperiales. Una inscripción (Wilmanns, 1048) dice: pietate, justitia, fortitudine et plane omnium virtutum principii vero Gothico, veroque Germanico, ac victoriarum omnium nominibus inlustri, M. Aur. Probo. Mommsen infiere de las

Añadamos un título más á los que Aureliano y Probo poseen á la estimación de la historia: estos valerosos príncipes formaron la grande escuela militar de que salieron Caro, Diocleciano, sus tres colegas, Constantino, Licinio y los generales que garantizaron la seguridad de las fronteras por espacio de más de medio siglo.

III.—CARO (set. 282—dic. 283).
CARINO Y NUMERIANO (dic. 283—abril 285).

Marco Aurelio Caro era también ilirio (1), pero se había educado en la capital, se llamaba él romano y había desempeñado cargos militares y civiles, el proconsulado de Cilicia, un consulado sustituido y la prefectura del pretorio. Era pues senador, y sin embargo, tuvo menos miramientos con el senado que Probo, limitándose á participarle su advenimiento, bien que se felicitará de que esta vez hubiera salido el príncipe del orden senatorial.

Tenía Caro dos hijos de inclinaciones muy diferentes: Carino, violento y vicioso, y Numeriano, de costumbres dulces y de talento cultivado. A creer las lisonjas del senado, que le hizo erigir una estatua en la biblioteca Ulpiana, Numeriano habría sido un excelente orador, y todavía lo comparaban por sus versos con Nemesiano, el más famoso poeta de aquel tiempo. El nuevo emperador nombró César á sus dos hijos, y compartiendo el imperio con Carino, le confió el gobierno de las provincias occidentales, no sin alguna vacilación acaso. A lo menos se supone que hubo



Caro coronado de laurel (2)

de arrepentirse muy luego y pensó en retirar los poderes para dárselos á Constancio Cloro. Mas por de pronto, renovando el proyecto que Probo había formado de dar un golpe seguro al enemigo hereditario del imperio, al persa,

palabras vero Gothico, veroque Germanico, que Probo había rehusado estos dos títulos. Yo estoy en que el carácter general de la inscripción da otro sentido. Las gentes de Valencia que lo hicieron grabar querían sin duda oponer las serias victorias de Probo á las de tantos otros emperadores que no habían sido verdaderos vencedores.

(1) Nació á lo menos en Iliria. Uno de sus historiadores lo hace hijo de un cartaginés, Penes parentibus (Vopis. Car. 8); Zonar. lo llama galo.

(2) Retrato de fantasía: Caro tenía más edad y era calvo, si las palabras que se le atribuyen son auténticas.

se dirigió á Oriente á la cabeza de un formidable ejército llevando consigo á su hijo Numeriano (enero 283).

A la nueva de la muerte de Probo, pasaron el Danubio los cuades y recorrieron toda la Panonia. Caro exterminó diez y seis mil é hizo prisioneros mayor número, incluidas muchas mujeres.

Pasó luego á la Mesopotamia, y Bahrán II, cuyas principales fuerzas guareaban entonces al otro extremo del imperio, probó á conjurar la tempestad que á más andar se le venía encima, enviando á Caro humildísima embajada.

Cuando los embajadores pasaron la puerta del campamento, se les condujo ante un anciano, que estaba sentado



Moneda conmemorativa de las victorias sobre los cuades (3)

en el suelo, cubierto con una simple túnica de lana y comiendo unos guisantes con una tajada de salazón.

El anciano les dijo sin levantarse que él era el emperador, y que si los persas no reconocían ya la majestad romana, había de dejar su país tan pelado como su cabeza. Y descubriéndose entonces les dejó ver un cráneo enteramente calvo. «¿Tenéis hambre? les preguntó. Si tenéis, comed de aquí, y sino, retiraos (4).»

Una victoria le abrió el camino de Seleucia, adonde entró sin dificultad, pasó el Tigris, tomó á Tesifonte, y ya se disponía á ejecutar su amenaza, cuando un día, durante una tempestad, se vió que ardía su tienda. Aper, su prefecto del pretorio, supuso que un rayo había incendiado la tienda, después de haber dado muerte al emperador.

El rayo no era sin duda tan culpable. Caro era duro, y fatigados de aquella campaña de estío bajo un clima abrasador, soldados y oficiales se veían con espanto arrastrados por él al fondo del Asia. Hizose cundir una especie de profecía de que ningún emperador romano podría pasar de Tesifonte, y se aprovechó la ocasión de la tempestad para dar el golpe. La tempestad había cumplido el oráculo, y el incendio borrado las huellas del crimen (fines dic. 283).

El secretario del príncipe escribió al prefecto de la ciudad diciendo:

«Caro, nuestro amado emperador, estaba enfermo en su lecho, cuando estalló sobre el campamento una espantable tempestad. El cielo se puso tan oscuro que no podíamos reconocernos unos á otros, y en la confusión general, los continuos relámpagos nos quitaron el conocimiento de todo lo que pasaba. Inmediatamente después del último trueno, oímos gritar que el emperador había muerto. Parece que los oficiales de su servidumbre, en el transporte de su dolor, hubieron de prender fuego á la tienda imperial, lo que ha dado lugar al rumor de que Caro había perecido víctima de un rayo; pero por lo que hemos podido apreciar las

(3) IMP. NVMERIANVS P. F. AVG. Busto laureado soste. niendo un asta y un globo. Al reverso, TRIVNF. VQVADOR. Carino y Numeriano en una cuadriga (Medallón de bronce). Pero ni el padre ni su hijo mayor debían regresar á Roma, y los pueblos no vieron de ese triunfo más que las monedas que llevaban su emblema.

(4) También se atribuyen á Probo estas palabras.